

LAS LEYENDAS SOBRE LOS VIAJES DE LOS ANTIGUOS GRIEGOS A LAS ISLAS BRITANICAS: MITO Y REALIDAD



Fernando Alonso Romero
Universidad de Santiago

Se ha escrito aún muy poco sobre el tema de las relaciones del mundo del Egeo con las Islas Británicas. Los hallazgos arqueológicos que existen todavía no nos permiten ver claramente la importancia que estos contactos tuvieron. Antes de comentar la relación de estos objetos mediterráneos encontrados en las Islas Británicas, voy a relatar muy brevemente las principales leyendas de las Islas Británicas que nos hablan de estos antiguos contactos con el mundo del Este del Mediterráneo. Son viejas leyendas, antiguas historias de otros tiempos, posiblemente más cargadas de fantasía que de verdad, pero no por ello desdeñables, porque detrás de toda vieja leyenda histórica hay siempre un pueblo, unos hombres y unos hechos que existieron realmente y cuyo recuerdo, aunque velado muchas veces por la tradición oral y el paso de los siglos, puede ser un testimonio valiosísimo para los estudios arqueológicos. Echemos pues una mirada a ese enigmático manuscrito irlandés del siglo XI, el *Lebor Gabala Erenn*, también llamado *Libro de las Invasiones*, en el que se relata de forma legendaria el pasado prehistórico de Irlanda. Aún no se conoce con exactitud la fecha de la primera redacción de este manuscrito, cuyo texto más antiguo conocido es el *Libro de Leinster!*, que data del siglo XI. En el *Libro de las Invasiones* se habla de varios pueblos invasores que llegaron a Irlanda procedentes de distintas zonas del Mediterráneo; la mayor parte de ellos a través de la Península Ibérica, como ocurrió con el pueblo de los Milesios, descendientes de la estirpe del legendario Breogan, jefe de los celtas galaicos. La segunda gran invasión que sufrió Irlanda, de acuerdo con estas leyendas, fue la de los Nemedios, pueblo que procedía de Grecia y de Escitia, pero que pronto fue derrotado por otro pueblo invasor procedente de Africa, los Fomorios, que además de ser grandes navegantes y piratas, eran muy temidos por su gigantesca estatura. Sin embargo, los Nemedios al no soportar la tiranía de los Fomorios, decidieron pedir ayuda a los «nobles de Grecia», los cuales les enviaron un poderosísimo ejército que venció a los Fomorios. Se produjeron luego pestes y terribles inundaciones que obligaron a muchos Nemedios a regresar a Grecia. Transcurrieron así unos doscientos años hasta que llegó otro nuevo pueblo a Irlanda, el de los Firbolgs, que huían de los griegos que los tenían esclavizados en Grecia. La cuarta invasión fue la del pueblo Tuatha De Danann, el pueblo de la diosa Dana, que vivía en las islas de Grecia y que poseía una gran cultura. Era este un pueblo poderosísimo de semidioses, conocedor de las artes y ciencia del druidismo. Los Tuatha De Danann llegaron a Irlanda portando valiosos tesoros, pues eran unos grandes artífices del metal, principalmente del oro, y poseían armas más ligeras y poderosas que las de los pueblos que los habían precedido en las invasiones de Irlanda. Cuenta la leyenda que tenían además unos extraños calderos que tenían la propiedad de dar de comer a toda una tribu sin llegar a vaciarse (1).

Hasta aquí el relato legendario de las invasiones de Irlanda. Lo he resumido al máximo pues aunque las numerosísimas descripciones de batallas, y los diversos episodios de las invasiones están llenos de interesantes datos, no es posible en este estudio el extenderme demasiado. Sin embargo, antes de pasar a mencionar los hallazgos arqueológicos, debo citar otra leyenda no

menos curiosa que las anteriores, y al parecer de origen inglés. La versión escrita más antigua de esta leyenda fue realizada por Geoffrey of Monmouth en su *Historia de los Reyes de Inglaterra*, que apareció por primera vez en el año 1139. En esta *Historia* relata Geoffrey of Monmouth la llegada de Brutus, el nieto de Eneas, a Inglaterra. Según la leyenda había vivido en Grecia, donde había llevado una vida bastante libertina. Después anduvo errante por las costas del Mediterráneo hasta que llegó a una isla desierta en la que se le apareció la diosa Diana para aconsejarle la conquista de una lejana isla situada al otro lado de la costa de la Galia. Isla que estaba poblada de gigantes y donde los dioses habían decidido que los descendientes de los troyanos fundasen una nueva Troya. Animado por esta aparición, Brutus se hizo de nuevo a la mar con sus compañeros, y llegó así, después de largas peripecias por las costas de Mauritania, hasta Totnes, población de la costa sur inglesa de Devon. Una vez en Albión, Brutus se tuvo que enfrentar a los poderosos gigantes que poblaban la isla, principalmente en el suroeste (Cornualles y Devon), hasta que logró vencerlos (2). Esta leyenda, cuyo estudio no voy a hacer aquí, tiene una clara inspiración clásica. Al margen pues de las fuentes literarias de su relato, quiero mencionar como posible causa del episodio de los gigantes, la existencia en Inglaterra de numerosas figuras, muchas de ellas gigantescas, recortadas sobre colinas calizas como las de Wessex. Entre las más interesantes y primitivas destacan las representaciones de figuras humanas gigantescas, como la de Cerne Abbas (en Dorset), de 180 pies de altura, que porta una maza que mide 130 pies. En Wilmington (Sussex) hay otra de 230 pies de altura, que se considera como la representación humana más grande conocida (figura 1). El origen de estas gigantescas figuras humanas, y también de animales, no es nada claro. La mayoría se fechan en la Edad del Hierro; así ocurre con el gigantesco caballo de Uffington (Berkshire), de 360 pies de longitud y 130 de altura, cuya existencia se encuentra atestiguada en escritos desde el año 1084 d. de C. La figura de este caballo se asemeja mucho a la de los caballos representados en las monedas de oro y plata, así como en otros objetos de metal de la Edad del Hierro. Por otro lado en Uffington existe una fortificación fechada en esta época, por lo que es posible que dicho caballo hubiera sido un símbolo, o totem, de sus habitantes (3) (figura 2). Cuando Geoffrey of Monmouth escribió su obra en el siglo XII, las gentes no tenían una idea muy clara aún de lo que era historia o leyenda. De ahí que estos dos conceptos se mezclaran con facilidad. Cosa que debía ocurrirles también a los propios cronistas, que en la mayoría de los casos no conocían probablemente nada más que de oídas, muchos de los lugares de los que hablaban. Por ello es difícil conocer el origen de la leyenda de Brutus. Separar lo que es pura invención de aquello que podría ser historia. Posiblemente se fundamente en el recuerdo de alguna invasión romana, hasta incluso griega; pero por encima de estas suposiciones ensombrece nuestra fantasía el fantasma de la sospecha de otra posible causa. ¿Y si todo fuera una invención de Geoffrey of Monmouth para emparentar a los reyes británicos con los descendientes del pueblo troyano? En el fondo, aunque así hubiera sido, Geoffrey of Monmouth no pierde toda su credibilidad porque, independientemente de las causas de la aparición de esta leyenda, existen unos hallazgos arqueológicos que nos plantean grandes incógnitas a la hora de enfrentarnos con su interpretación, y que parecen evidenciar que efectivamente hubo relaciones con el mundo del Egeo a lo largo de determinadas épocas de la prehistoria británica.

Los primeros instrumentos de metal fueron introducidos en las Islas Británicas por gentes que procedían del Mediterráneo, para las cuales el interés más grande que las llevaba hasta esas latitudes era el oro de las minas irlandesas y el estaño y el cobre de Cornualles. Pero existía además otro importante factor que atraía el interés de estos pueblos mediterráneos: el ambar, material que se consideraba tan valioso como el oro, y en busca del cual los navegantes del Mediterráneo llegaban hasta el Mar del Norte. Creían también que el ambar poseía ciertas cualidades medicinales o mágicas. Como consecuencia de estos intereses comerciales existía una ruta del ambar terrestre que iba desde las costas del norte de Europa hasta las del Mediterráneo (4). Pero esta era una ruta a través del Continente europeo que no tenía nada que ver con la marítima, porque diferentes muestras de ambar se han encontrado también en el sur de la Península Ibérica

y en otros puntos de la costa atlántica. El análisis químico de las cuentas de ambar encontradas en Mycenas ha demostrado que procedían del Báltico (5). Para atreverse a navegar desde el Mediterráneo hasta esas regiones los navegantes debían de tener intereses muy importantes. Y el ambar era un artículo muy apreciado en Creta y en Egipto, donde también se ha encontrado ambar, así como en primitivas tumbas etruscas (6). Creta comenzó a formar alrededor del año 2800 un imperio marítimo: el imperio minoico, que mantenía estrechas relaciones con Egipto. Las naves cretenses navegaban por todo el Mediterráneo intercambiando mercancías con los pueblos que visitaban. En 1972 se descubrieron en Thera varias representaciones pictóricas de embarcaciones cretenses del año 1500 a. de C. Por primera vez, ante los maravillados ojos de los arqueólogos del siglo veinte, surgía una escena marina minuciosamente representada, en la que se podían ver varios tipos de embarcaciones cretenses. Las características de estas naves y sus proporciones disipan toda duda sobre sus condiciones de navegación. Grandes navíos de vela y remo, que podían navegar sin dificultades por todo el Mediterráneo (7), e incluso por el océano Atlántico. (Ver comentario referencia bibliográfica n.º 7). En Creta uno de los artículos de adorno personal eran precisamente las cuentas de ambar, varios ejemplares se han encontrado en tumbas cretenses del año 2500 a. de C., así como en tumbas micénicas fechadas entre los años 1570 y 1300 a. de C. (8). Uno podría aún seguir pensando que el ambar llegaba a Creta exclusivamente a través de la ruta continental, pero la circunstancia de que en Falmouth (Cornualles) se encontraran joyas exactamente iguales a las descubiertas por Schliemann en Troya (9) nos hace pensar en otra ruta. «Gordon Childe estudió hace años un disco de ambar con cerco de oro que apareció en una sepultura de Manton (Wiltshire) perteneciente a la cultura Wessex (Childe. Preh. Comm..., 2.ª ed., 1948, pág. 139, fig. 41), pues bien, dicho objeto es casi igual a otro hallado por Sir Arthur Evans en una tumba de Zafer Papura, Knosos (Creta) (Archaeologia, I, XV, pág. 42. Véase dibujo publicado por Childe en Cuadernos de Hist. Primitiva. Madrid, 1947, n.º 1, págs. 5-23, fig. 2), perteneciente al Minoico último II, esto es, a mediados del siglo XV a. de C.» (10). Sin embargo esto no es todo, existen otras pruebas arqueológicas que reafirman la existencia de relaciones comerciales con Creta en esos años; una época en la que el bronce era un material ya conocido, y el estaño de Cornualles era indispensable para su fabricación. En Linkinhorne (Cornualles) se encontró una copa de oro del mismo tipo que las encontradas en las tumbas reales de Mycenas del siglo XVI a. de C. (11) (figura 3). Aileen Fox señala también la importancia del descubrimiento en Pelynt (Cornualles) de la empuñadura de una espada micénica en un enterramiento; esta espada se fecha en el año 1300 a. de C. (12). «Tanto en Creta como en la Grecia Micénica el hacha bifaz se encuentra repetidamente simbolizada en los lugares de gran importancia ritual, como por ejemplo en los altares o en los palacios reales. Se encuentra en estos lugares grabada simbólicamente en diversos materiales. El hacha auténtica o arma, la llamada labrys, fabricada de cobre o bronce, se ha encontrado en numerosos lugares. Son de forma simétrica, con un orificio central para el mango y con doble filo. En las Islas Británicas se han encontrado cuatro hachas de este tipo, una de ellas en Topsham (Devon); se fechan en el siglo XIII a. de C.» (13). «Estas hachas traídas a Inglaterra en la Antigüedad eran parte de un comercio organizado con el Egeo. Se pueden fechar entre los años 1600 y 1100 a. de C. y son semejantes a los ejemplares de hachas bifaz del Egeo de los años 1450-1200 a. de C.» (14). Los mismos navegantes que dejaron estos testimonios de su paso por el sur de Inglaterra, navegaban también a lo largo de las costas del norte de Europa. En la provincia de Drente (en el norte de Holanda) se encontró un collar de 25 cuentas de estaño engarzadas junto con 4 cuentas de loza vítrea segmentada y 14 de ambar (15). Es esta una buena prueba de los contactos comerciales entre el Mediterráneo y el occidente europeo. El estaño de las cuentas probablemente procedía de Cornualles, por ser el lugar más cercano donde se podía haber obtenido. Las cuentas de loza segmentada eran típicas en el Este del Mediterráneo. Las de este collar quizá procedieran de Egipto, porque en Wiltshire se encontraron durante unas excavaciones algunas cuentas egipcias de loza azul pertenecientes a un collar (16). Aileen Fox opina que las cuentas de loza azul proceden de la 18.ª Dinastía.

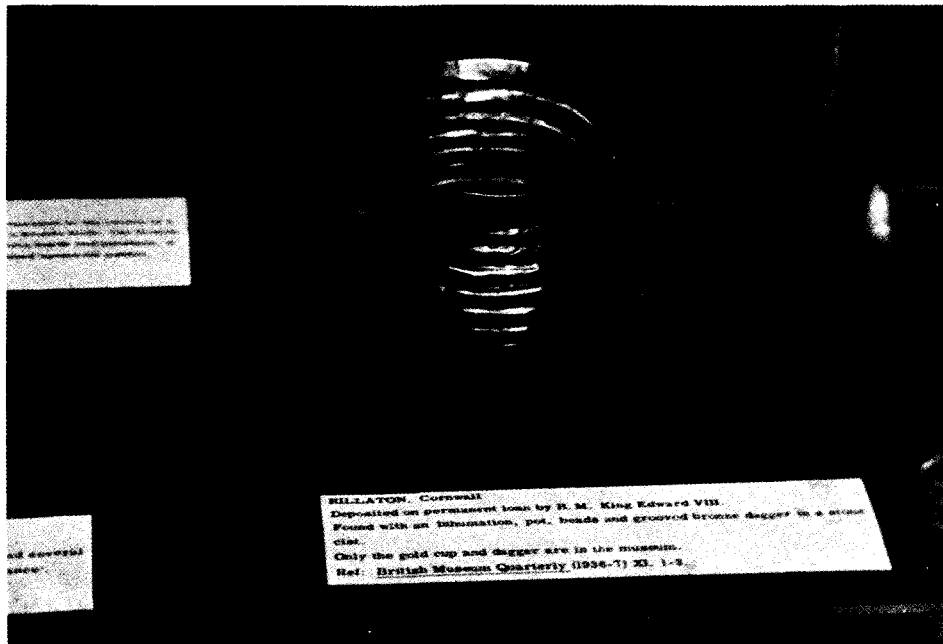


Fig. 3.—La famosa copa de oro encontrada en un enterramiento en Rillaton (Cornualles), de procedencia micénica (Museo Británico).

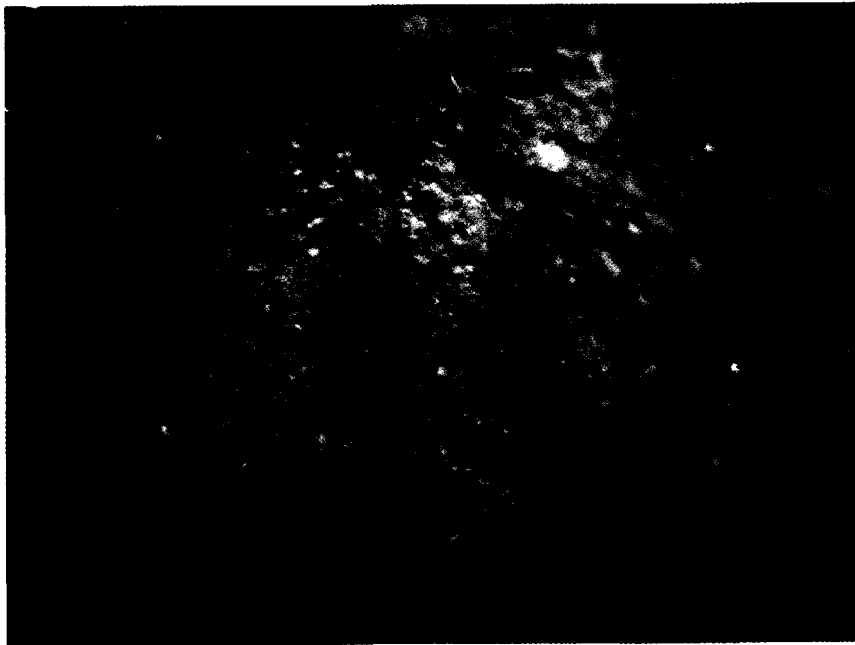


Fig. 4.—Inscrituras de una daga de bronce y de hachas de bronce. Las hachas son irlandesas, fechadas entre los años 1600 y 1400 a. de C.; esta daga es de un tipo característico en la Grecia Micénica de estos años.

Varias cuentas semejantes se han encontrado en Abydos (Egipto), en Lachish y en Palestina; todas ellas se fechan entre los años 1450 y 1370 a. de C. Cuentas de este tipo han sido también encontradas en tumbas micénicas, en Thapsos, en Sicilia y en Lipari; así como en Knackboy en las Islas Scilas, en Carn Creis en Penwith (Cornualles) y en North Molton (Devon) (17). La distribución geográfica de todos estos hallazgos de cuentas induce a pensar en una ruta atlántica más que en una continental. El hecho de que se hayan encontrado cuentas en las Islas Scilas y en las costas de Cornualles, demuestra que evidentemente tuvieron que llegar a través de una ruta marítima. Por otro lado, la costa de Cornualles y de Devon es el punto geográfico de arribada de todas las naves que vinieran navegando desde la Península Ibérica, ya que los vientos del suroeste, que con gran frecuencia soplan en el noroeste de la Península Hispánica, hubieran llevado necesariamente a todas las naves hacia esas costas. Aileen Fox se inclina a favor también de esta posible ruta atlántica (18). Incluso en Escocia, la última Thule según algunos autores (19), se han encontrado algunas cuentas de loza vítrea procedentes del Mediterráneo, juntamente con otros hallazgos de la Edad del Bronce.

En Irlanda, el interés principal de los navegantes orientales se centraba en torno al oro, el cual se exportaba al norte de Europa muy posiblemente a cambio de cuentas de ambar. Con respecto a los aretes de oro encontrados en Normanton, Dover y Folkestone, estudiados por Hawkes (*Gold Earrings of the Bronze Age, East and West* (Folklore, 72-438-74)), y que los considera como productos británicos inspirados en modelos del Este del Mediterráneo, Branigan los considera a su vez como objetos típicos del Egeo, que además fueron encontrados dentro de un contexto típico de la cultura Wessex, y los fecha en el mismo período que las hachas de doble filo (20).

Otro de los testimonios que se menciona como prueba de los contactos durante la Edad del Bronce de gentes del Este del Mediterráneo con las Islas Británicas fue descubierto hace algunos años sobre uno de los gigantescos bloques rocosos de Stonehenge, en el que aparecen grabadas hachas irlandesas de bronce fechadas entre los años 1600 y 1400 a. de C. juntamente con la representación de una daga del tipo característico en la Grecia micénica de estos años. Es este uno de los testimonios más importantes de los contactos entre el Mediterráneo y las Islas Británicas. La representación de esta daga precisamente en este monumento de Stonehenge, de tan importante significado astronómico y ritual debía tener alguna finalidad simbólica. Quizá sea el testimonio de la llegada de algún pueblo, o representantes de él, hasta ese lugar. Este tipo de inscultura no es único en Inglaterra; en una de las rocas de un enterramiento circular de Badbury (Dorset) se ven hachas y dagas semejantes (21) (figuras 4 y 5).

Los primeros griegos llegaron a la Península Ibérica alrededor del año 600 a. de C. Estos griegos fundaron Rhodas (Rosas), pero ya antes debieron haber tenido algunos contactos esporádicos con las costas de la Península Ibérica. Más tarde, a mediados del siglo VI, los focenses fundaron Emporion (Ampurias). Herodoto nos cuenta que fueron los focenses los primeros que se atrevieron a hacer grandes viajes, y que navegaban en embarcaciones de cincuenta remos. Estas gentes estaban acostumbradas a navegar por el Adriático, el Tirreno y las costas de la Península Ibérica. Llegaron incluso a visitar Tartesos, donde el famoso rey Argatón los recibió amablemente (22). Sin embargo no se sabe con seguridad cuando llegaron los primeros hasta las costas del Atlántico. El primer texto griego que nos habla del Océano es la Odisea; en ella se cuenta el viaje de Ulises hacia el Océano del lejano Occidente. También se hacen referencias en esta obra a las Islas Afortunadas, y a la isla de Circe y de Esqueria (23). Es probable que los griegos conocieran la existencia de países existentes más allá de las Columnas de Hércules, desde tiempos muy anteriores al siglo VII a. de C. De las referencias de los antiguos nautas griegos se debió de servir Homero para hablar de los países nórdicos. Una de estas historias de la Odisea nos habla del país de los Cimerios, que vivían cubiertos de nieblas y nubes, y donde el sol nunca brillaba (24). Parece que este pasaje de la Odisea hace referencia al norte de Europa (Escandinavia, quizá) que los griegos debieron conocer también debido al comercio del ambar con esas latitudes. Herodoto cuenta en uno de sus escritos que había un pueblo en la región del



Fig. 5.—Stonehenge.



Fig. 6.—Caldero de bronce. National Welsh Museum.

norte de Escitia, que se pasaba durmiendo la mitad del año (25). Muy probablemente Homero tenía conocimiento de la existencia de lejanos países del norte, a través de los diarios de navegación de los antiguos griegos (como menciono más arriba), o también debido a los relatos de algún navegante fenicio que hubiera comerciado con poblaciones de la costa Atlántica. En la *Odisea* se relata una historia acerca de una mujer muy impresionada por la belleza de unos collares de ambar que unos comerciantes fenicios le mostraron (26). Recordemos que el ambar era durante la época de Homero una de las joyas más apreciadas por las mujeres. Entre los regalos que los pretendientes le hicieron a Penélope se mencionan objetos de ambar (27).

El viaje de Argos hasta las Columnas de Hércules se podría interpretar también como un testimonio de las primeras navegaciones de los griegos. Con respecto a la época en que debieron efectuarse los primeros contactos de los griegos con las Islas Británicas nada se puede decir aún con seguridad. Probablemente fue durante la Edad del Bronce cuando comenzaron los contactos de los pre-griegos con las Islas Británicas. «La sólida construcción de Stonehenge, la perfección y acabado de sus piedras, sus juntas, la disposición de los dinteles, así como también el alto grado de perfección demostrado en la colocación de las piedras, demuestran la influencia de la civilización de la Creta minoica y de la Grecia micénica, únicos lugares donde se podía encontrar en esa época una arquitectura tan sofisticada» (28). Diodoro relata una historia de Hecateo de Abdera (año 400 a. de C.) que se suele relacionar con Stonehenge. Hecateo dice, citado por Diodoro, que al otro lado del territorio de los celtas, había una isla en el Océano, no más pequeña que Sicilia, que se encontraba en algún lugar del norte y estaba habitada por los hiperbóreos. «Es una isla de templada temperatura, con una tierra rica y fértil, que produce dos cosechas al año. Sus habitantes adoran a Apolo más que a ningún otro dios. En la isla hay un recinto sagrado dedicado a él, así como también un magnífico templo circular adornado con muchas ofrendas. Hay incluso una ciudad dedicada a este dios. Los hiperbóreos hablan un dialecto especial y tienen una gran amistad con los griegos, especialmente con los atenienses y con las gentes de Delos. Su amistad existe desde tiempos antiguos, cuando fueron visitados por un grupo de griegos que ofrecieron presentes de gran valor a Apolo (29). Considero esta referencia de extraordinaria importancia como testimonio escrito de los contactos de los antiguos griegos con las Islas Británicas. Al mismo tiempo, su aparente relación con Stonehenge ha sido ya comentada por otros autores que se ocuparon de su significado astronómico (30). El dios Apolo que aquí se menciona es el dios Sol, cuya trayectoria celeste tiene evidentes implicaciones con la estructura del monumento, cuya principal finalidad era la de servir de calendario. Esta visita de los griegos a los hiperbóreos se podría relacionar con los antiguos contactos de Micenas en el siglo XV a. de C. con las Islas Británicas, aunque en la época de Hecateo es seguro que los recuerdos de esos primitivos contactos estarían reducidos a simples leyendas pasadas de una generación a otra por la tradición oral.

En el siglo VI a. de C. los griegos fundaron la rica y poderosa colonia de Massalia (Marsella), uno de los puertos más ricos de Occidente. En esa época el estaño era aún el más importante metal de todos los conocidos, porque los cartagineses continuaban manteniendo el control del Estrecho de Gibraltar, e impidiendo las navegaciones hacia las Cassiterides (es decir, hacia Galicia y Cornualles), donde también podían obtener oro. Los griegos podían comprar el estaño a los cartagineses, pero debía tener un precio muy alto porque una de las razones por la que los griegos se establecieron en Marsella fue la de establecer una ruta comercial con Cornualles. Cary ha estudiado esta ruta comercial basándose en un análisis numismático (31). Diodoro dice que los habitantes de Belerium (Land's End, Cornualles) fundían estaño y lo preparaban para la exportación en bloques con la forma de hueso de astrágalo (lingotes en forma de H); estos lingotes eran después transportados en carros hasta Ictis (Monte de San Michael, Cornualles) aprovechando la marea baja. Allí eran recogidos por comerciantes que los llevaban hasta la Galia. Una vez en ella eran transportados a lomos de caballerías hasta el estuario del Ródano. El viaje a través de la Galia llevaba 30 días (32). En Falmouth se encontró uno de esos bloques de estaño, con la forma de hueso de astrágalo como lo describe Diodoro. Sin duda era

uno de los preparados para la exportación (33). Como resultado de este comercio con Marsella se intensificaron las relaciones con los griegos. Los celtas cambiaban su estaño por vino y productos del Mediterráneo y posiblemente también por dinero. Todos los objetos griegos que se han encontrado en Inglaterra, y que pertenecen a la época de las relaciones con Marsella, podrían ser el resultado de dicha ruta comercial que Diodoro nos relata. En Halamanning (St. Hiliary, Penwith, Cornualles) se encontraron cuatro lekythois griegos (del siglo V a. de C.). En Teighnmouth (Devon) se encontraron dos copas áticas con asas (borsae) y una jarra (oinochoe) fechadas en el siglo IV a. de C. (34). En el Támesis, cerca de Reading, se encontró una vasija griega que representa la figura de un joven acostado, pintada en negro. Se fecha en el siglo VI a. de C. (35). Además de todos estos hallazgos, en Buckfast se encontró una moneda de Alejandro Magno y otra de Aesillas, el gobernador romano en Macedonia en el año 90 a. de C. (36). En Exeter se encontraron también varias monedas de procedencia mediterránea, y en Broadgate varias monedas de cobre de las ciudades de Velia y Paesum (sur de Italia). En Paul, cerca de Penzance (Cornualles) se encontraron 43 dracmas de plata. Estas monedas habían sido acuñadas por las tribus celtas de la Galia Cisalpina y pertenecen al mismo tipo de monedas encontradas en Marsella y pertenecientes al final del siglo II a. de C. Los durotriges, un pueblo celta de Dorset y del sur de Somerset, debieron tener grandes relaciones con el Continente porque acuñaban monedas de plata y cobre, fundían metales e importaban productos continentales. Las monedas que acuñaban eran copias del estater de oro de Filipo de Macedonia, que había sido llevado a Inglaterra por las tribus de la Galia belga a comienzos del siglo I a. de C. (37).

C. Hawkes menciona un tipo de caldero de bronce que se ha encontrado en varios lugares, pero principalmente en Irlanda. Estos calderos, que también se han encontrado en Inglaterra, pertenecen al final de la Edad del Bronce, y, a diferencia de los cubos, tienen el fondo redondeado y están hechos de láminas de bronce y argollas para facilitar su transporte. Hencken y Leeds opinan que estos calderos procedían de Grecia, aunque poco tiempo después de su importación en Irlanda se hicieron copias de ellos. A la vista de la distribución de algunos de estos ejemplares, encontrados en la costa occidental de Francia, en Santander y en Hio (Morrado. Pontevedra) no cabe duda de que venían a través de la ruta atlántica (38). (figura 6). En las antiguas leyendas escocesas, galesas e irlandesas, se atribuye a los calderos un gran valor; algunos poseen virtudes mágicas o poderes sobrenaturales. Recordemos que en el *Libro de las Invasiones* se cuenta que la tribu de los Tuatha De Danann había traído de Grecia, entre varios e importantes tesoros, unos calderos a los que se atribuía un gran valor económico y mágico; lo cual es muy curioso pues nos plantea la duda de si este relato pudo haber sido motivado por la ruta comercial que existió con el Mediterráneo a finales de la Edad del Bronce, evidenciada por estos testimonios arqueológicos. Hawkes opina que el hecho de que en las leyendas irlandesas se considere a los calderos como objetos dotados de propiedades sobrenaturales se debe a gran aprecio que se les tenía ya en el mundo del Mediterráneo antes de que se conocieran en Irlanda. En la Antigüedad los calderos se utilizaban originalmente para hervir agua; más tarde adquirieron en el Este del Mediterráneo un valor simbólico antes del primer milenio a. de C. Su aparición en Irlanda demuestra una posible sofisticación, quizá fueran utilizados como ofrendas funerarias, regalos o premios (39).

Monteagudo al hablar de las relaciones entre el noroeste hispano e Irlanda al final del Bronce IV, sugiere la posibilidad de que los círculos concéntricos hendidos, y herraduras concéntricas de los petroglifos gallegos e irlandeses sean representaciones muy esquemáticas del escudo Herzprung (40). Los escudos Herzprung son escudos de forma redonda, que se pueden clasificar en dos tipos: el escudo tipo *V* y el tipo *U*, lo cual depende del diseño de su decoración. Todos los encontrados en tierras griegas pertenecen al tipo *V*. Los escudos Herzprung encontrados en la Península Ibérica tienen la decoración de la *V* en el centro. En Irlanda se encontraron dos, e inducen a pensar que proceden de la misma ruta comercial que llegaba a la Península Ibérica desde el Egeo. El escudo tipo *V* se llevó desde Grecia a la Península

Ibérica en el año 700 a. de C., y desde aquí debió ir a Irlanda (41). Recordemos que los griegos probablemente conocían la existencia de Irlanda por lo menos desde la fecha del establecimiento de la ruta comercial: Marsella-sur de Inglaterra. La referencia más antigua acerca de Irlanda procede de Avieno, escritor del siglo IV d. de C. cuya *Ora Maritima* debió estar inspirada en algún diario de navegación cartaginés; quizá la relación del viaje de Himilco (siglo VI a. de C.) por las costas de las Islas Británicas. La noticia de Avieno es la siguiente: «Desde aquí (es decir, las Oestrimnidas) hasta la Isla Sagrada —así fue llamada por los antiguos— hay una distancia de dos días para una embarcación. Aquí entre las ondas se encuentra mucha tierra y la habita extensamente la tribu de los Hiernos. Luego se extiende cercana la isla de los Albiones. Y era costumbre entre los Tartesios comerciar en los confines de las Oestrimnidas. También los colonos cartagineses y el pueblo que vivía entre las Columnas de Hércules frecuentaban estas aguas que, afirma el cartaginés Himilcon, apenas pueden recorrerse en cuatro meses, como él mismo asegura que comprobó navegando» (42). Posteriormente Aristóteles también mencionó el nombre de Ierne (Irlanda) de la que dice: «En el mar Atlántico hay dos islas grandes que se llaman *Britanias, Albion e Ierne*» (43). Sin embargo, el primer griego que escribió sobre etnografía británica, y del primero que se sepa que circunnavegó toda la isla fue Pytheas (44). Este intrépido navegante griego efectuó su navegación en el año 320 a. de C. Salió de Marsella, se aventuró a pasar el Estrecho de Gibraltar y una vez en el Atlántico inició su famosa singladura por las temidas aguas del Océano. Navegó a lo largo de toda la costa portuguesa, y recorrió las rías gallegas, donde probablemente se pondría en contacto con los colonos griegos que allí habría (45). Luego, aprovechando los vientos del sur alcanzó las costas de la Bretaña, que tampoco eran desconocidas debido al comercio que los griegos mantenían desde esa península con Marsella. Desde la costa norte de la Bretaña navegó hasta los puertos de Cornualles donde se solía exportar el estaño de esa zona. Así fue como Pytheas se puso en contacto con los celtas británicos y estudió sus costumbres y modos de vida. «Los habitantes de Inglaterra (dice Pytheas) que viven el Promontorio llamado *Belerium* (Land's End, Cornualles) son muy hospitalarios con los extranjeros, y poseen unas maneras muy civilizadas de vivir debido a sus relaciones con los comerciantes de otros pueblos» (46). Este es solamente uno de los varios fragmentos que se conservan del diario de navegación de Pytheas. Fue además un gran astrónomo; calculó con gran precisión la latitud de varios lugares, entre ellos el de su ciudad natal, Marsella. Sus cálculos fueron posteriormente utilizados por Ptolomeo para la confección de sus mapas.

Hasta aquí, y a grandes rasgos he citado los testimonios arqueológicos, y las referencias clásicas sobre el mundo del Egeo y las Islas Británicas. Como vemos, las viejas leyendas que cité al comienzo de este trabajo ya no parecen tan fantásticas. Es cierto que mucho más se podría decir a favor o en contra de este atractivo tema. La investigación arqueológica de los próximos años quizá puede añadir datos más convincentes. Mientras tanto, la imaginación y la intuición que ahora pueda acompañar nuestras dudas, nos ayudará a mirar, como relata Homero, «allá, hasta la nebulosa lejanía adonde llega la mirada del hombre desde la costa».

NOTAS

(1) Stewart Macalister: *Lebor Gabala Erenn* (Irish Texts Society. Vol. 35. Dublin, 1939. Vol. 39 (1940). Vol. 44 (1956).

(2) Theo Brown: *Trojans in the West Country* (West Country Folklore, n.º 4. The Toucan Press. Guernsey, 1970).

(3) Ronald Jessup: *Age by Age. Landmarks of British Archaeology* (Michael Joseph. London 1967. Pág. 24). T. C. Lethbridge ha escrito un interesante estudio sobre estas figuras humanas. Véase su obra: *Gogmagog. The Buried Gods* (Routledge & Kegan Paul. London, 1957).

(4) J. M. de Navarro: *Prehistoric routes between Northern Europe and Italy defined by the ambar trade* (Geographical Journal, LXVI. 481. 1925).

(5) J. G. D. Clark: *Prehistoric Europe* (Methuen and Co. Ltd. London. Pág. 261).

(6) Abeken: *Mittel Italien* (Pág. 271).

(7) Lionel Casson: *Bronze Age ships. The evidence of the Thera wall paintings* (The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration, vol. 4; n.º 1975; págs. 3-10).

A. F. Tilley and P. Johnstone comparan las embarca-

ciones de Thera con las líneas de la embarcación portuguesa *xavega*, en cuya construcción se sigue una técnica característica del Mediterráneo (A. F. Tilley and P. Johnstone. *A Minoan Naval Triumph?* (The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration. Vol. 5. N.º 4. 1976. Pág. 292). O. Lixa Filgueiras compara el *saveiro* portugués con los modelos de naves de Ur. Algunos autores consideran al *saveiro* portugués descendiente de los antiguos barcos que utilizaron los responsables de la difusión de la cultura megalítica por el área atlántica. Filgueiras se opone a esta teoría alegando entre otras razones el hecho de que no existan modelos de embarcaciones semejantes en los petroglifos atlánticos. Las representadas en el petroglifo gallego de Borna, dice él, no representan embarcaciones con forma de media luna como el *saveiro* o las naves de Thera. (O. Lixa Filgueiras, *The xavega boat. A case study in the integration of Archaeological and Ethnological Data* (En la obra, *Sources and Techniques in Boat Archaeology* (National Maritime Museum. Greenwich. Archaeological Series N.º 1. 1977. Págs. 77-111. Fig. 9.15. *The Petroglyph of Borna*). Filgueiras indica la posibilidad del establecimiento en la zona de Tartesos de colonos cretenses que llegaron hasta aquí con sus características naves en forma de media luna. A la vista de esto, sería de gran interés el efectuar el estudio de la naves que pudieron haber utilizado los navegantes del Egeo que mantenían relaciones comerciales con la cultura Wessex. También, otro estudio posible sería el de la nave que pudo haber utilizado Pytheas en su famosa singladura.

(8) Paul Hermann. *Conquest by man* (London 1954. Pág. 17).

(9) Paul Hermann. Op. cit. Pág. 35.

(10) Martín Almagro y Antonio Arribas: *El poblado y la necrópolis megalítica de los Millares* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1963. Pág. 249).

(11) Aileen Fox: *South West England* (London, 1964. Pág. 70).

(12) Un estudio más completo de las armas de procedencia micénica encontradas en las Islas Británicas fue realizado por K. Branigan. *Wessex and Mycenae. Some Evidence Reviewed* (The Wiltshire Archaeological and Natural History Magazine. Vol. 65. 1970. Páginas 89-106).

(13) Patrick Crampton: *Stonehenge of the Kings* (London, 1967. Págs. 120-1).

(14) Branigan. Op. cit.

(15) Aileen Fox. Op. cit. Pág. 81.

(16) G. Patrick Welsh: *Britannia: the Roman Conquest and Occupation of Britain*.

(17) Aileen Fox. Op. cit. Pág. 82.

(18) Aileen Fox. (The Antiquaries Journal, volumen XXXI. Pág. 25).

(19) Blázquez y Delgado Aguilera: *Pytheas de Marsella*.

(20) Branigan. Op. cit. Pág. 95.

(21) Patrick Crampton. Op. cit. Pág. 120.

(22) Herodoto: *Libro I*, 163.

(23) Homero: *Odisea*, vol. I. 71.

(24) Homero: *Odisea*, vol. XI. 13.19.

(25) Herodoto, 4,25.

(26) Homero: *Odisea*, 15,460.

(27) Homero: *Odisea*, 18,296.

(28) R. J. C. Atkinson: *Stonehenge and Avebury* (Her Majesty's Stationery Office. London, 1959. Pág. 22).

(29) Diodoro Siculo, II, 47.

(30) Hawkins, Gerald, S.: *Stonehenge Decoded* (Fontana-Collins. London, 1972).

(31) Cary, M.: *The Greeks and ancient trade with the Atlantic* (Journal of Hellenic Studies, vol. XLIV. London, 1924. Págs. 166-79).

(32) Diodoro Siculo, V, 21.

(33) H. O. N. Hencken: *Cornwall and Scilly* (1932. Pág. 171). Ver también W. Gowland: *The Early Metallurgy of Copper, Tin and Iron in Europe, as illustrated by Ancient Remains, and the Primitive Processes surviving in Japan* (Archaeologia, vol. 56. 2nd part, 1899. Página 267).

(34) Aileen Fox. Op. cit. Pág.: 116.

(35) Lloyd R. Laing: *A Greek Tin Trade with Cornwall* (Cornish Archaeology, 1968. Pág. 16).

(36) Aileen Fox. Op. cit. Pág. 116. Ver también de este autor el Antiquaries Journal, vol. XXX (1950). Pág. 152.

(37) Aileen Fox. Op. cit. Pág. 116.

(38) C. F. C. Hawkes: *On Some Buckets and Cauldrons of the Bronze and Early Iron Ages* (The Antiquaries Journal, 37. 1957). Ver también E. T. Leeds, Archaeologia, 80 (1930), pág. 25. Y Hermanfrid Schubart, *Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäenhalbinsel* (Madrider Mitteilungen, 2. 1961. Págs. 35-54. F. H. Kerle Verlag. Heidelberg).

(39) Thomas O'Rahilly: *Early Irish History and Mythology* (Institute for Advanced Studies. Dublin, 1946).

(40) L. Monteagudo: *Etnología Hispánica del Bronce IV* (Cuadernos de Estudios Gallegos, Vol. XXVI. Santiago, 1953. Pág. 333).

(41) Hugh Hencken: *Herzprung Shields and Greek Trade* (American Journal of Archaeology, vol. 54. 1950). Ver también E. M. Jope: *A Late Bronze Age Shield Mould Of Wood from Country Antrim* (Ulster Journal of Archaeology, vol. 12. 1949. Págs. 62-65).

(42) Avieno: *Ora Maritima*, 90-119 (Traducción de José Rius Serra. En F. López Cuevillas: *La Oestrimnida y sus Relaciones Marítimas* (Cuadernos de Estudios Gallegos, XXIV. Santiago, 1953. Pág. 9).

(43) Blázquez y Delgado Aguilera. Op. cit.

(44) Ian Whitaker: *The Problem of Pytheas Thule* (Simon Fraser University, Burnaby, B. C. Canada. Department of Sociology and Anthropology).

(45) El estudio del establecimiento en Galicia de colonos griegos, así como la influencia de la cultura griega en Galicia está aún por hacer. Es evidente, a la vista de las relaciones de los navegantes griegos con las Islas Británicas, que mantuvieron también relaciones con Galicia. Es una lástima que las investigaciones sobre este tema estén tan olvidadas; sin duda alguna, la insuficiente atención que se presta al patrimonio arqueológico gallego y las débiles campañas arqueológicas que se emprenden son la consecuencia del nivel actual de la arqueología en Galicia.

(46) Diodoro Siculo. (Traducción de C. H. Oldfather). Bibliotheca Historica Loeb Classical Library, 1939.